

95 TESIS PARA LA NUEVA GENERACIÓN

MANIFIESTO DE
ESPIRITUALIDAD Y REFORMA
A LA SOMBRA DE LUTERO

LUCAS MAGNIN

EDITORIAL CLIE

Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
www.clie.es



© Lucas Magnin, 2022.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)»

© 2022 Editorial Clie.
Todos los derechos reservados.

95 TESIS PARA LA NUEVA GENERACIÓN

ISBN: 978-84-18810-86-2
Depósito Legal: B 9489-2022
Cristianismo
General
REL070000



AGRADECIMIENTOS

A Almen por el ánimo, la compañía, los consejos, la inspiración y la paciencia en todos estos meses.

A Daniel Magnin, Graciano Corica y Jonatán Rodríguez por la lectura atenta y las sugerencias oportunas que enriquecieron estas páginas.

A los amigos y amigas con los que comparto la vida por la generosa atención con la que me escucharon introducir citas e ideas de Lutero de contrabando en casi cualquier ocasión. La vida en comunidad siembra en mí incontables ideas (y algunas florecieron acá).

A los que leerán este libro con mentes y corazones abiertos, con hambre y sed de respuestas. Que el Espíritu use estas meditaciones como una mecha para que el Evangelio brille con fuerza entre nosotros.



ÍNDICE

PRÓLOGO, de Justo L. González

INTRODUCCIÓN

1. Entender nuestro lugar en la historia es parte de madurar en la vida cristiana (y, de paso, nos evita algunos errores preocupantes). 25
2. Los tiempos de gran incertidumbre pueden ser la excusa para entregarse al miedo o la motivación para conquistar mejores certezas. 28
3. No nos horricemos: nuestra fe no va a desaparecer porque debamos revisar algún dato equivocado de nuestro edificio teológico. 31
4. La gente con miedo hace daño a otros, convencida de hacer lo correcto. 31
5. Las ideas tienen consecuencias; por eso, conviene revisar muy bien lo que pensamos y creemos. 37
6. El cristianismo debe ser, hoy más que nunca, un baluarte de sensatez. 39
7. Levantar la voz contra las hegemonías intelectuales, el esnobismo y las modas culturales también es parte del rol de los profetas. 39
8. Dios redime nuestras biografías, tendencias y particularidades para su gloria; allí encontramos nuestro mejor testimonio. 44
9. La transformación de la Iglesia y del mundo es el fruto de una vida de santidad y devoción profunda. 48
10. Lo que en un momento fue reforma, innovación y asombro, eventualmente se convertirá en estructura, atraso y rutina. 51
11. Uno de los peores enemigos de la reforma de la Iglesia es la lavada de cara que no cambia las cuestiones estructurales. 54

12. Para hacer la obra de Dios es fundamental contar con buenos amigos. 57
13. El autoritarismo es un insulto al Evangelio y no debería tolerarse en ninguna iglesia. 59
14. Dios castiga a los que abusan de su pueblo, no importa si son “los de afuera” o “los de adentro”. 63
15. Debemos siempre seguir al Buen Pastor; eso a veces significa alejarnos de aquellas comunidades de fe en las que su voz ya no se escucha. 63
16. Romper todo no significa reformar la Iglesia ni cambiar el mundo. 68
17. Todo esfuerzo de actualización o reforma debe responder, en última instancia, a un objetivo central: la fidelidad al Evangelio. 71
18. En una época desencantada, estéril y técnica, la espiritualidad cristiana debe ayudar a reencantar el mundo. 74
19. La culpa y la ansiedad pueden ser útiles a la institución eclesial, pero traicionan el mensaje liberador del Evangelio al generar dependencia espiritual. 77
20. Debemos evitar a toda costa la falsa compasión cristiana que se expresa en el ofrecimiento de una gracia barata. 77
21. Toda verdad —no importa de qué causa o ideología provenga— debe ser valorada y reclamada en nombre del Evangelio. 83
22. Si realmente quiere ser cristiana, cualquier verdad, causa o ideología —por valiosa o urgente que sea— debe ser bautizada por la cruz. 83
23. Nunca hay que confiar del todo en lo que nuestro entorno celebra y legítima. 88
24. Debemos examinar con atención nuestras convicciones espirituales; hasta las más piadosas y nobles pueden ser agentes de vida o de muerte. 88
25. Para criticar algo, primero es necesario entenderlo. 93
26. Al dialogar con una cultura extraña, se deben evitar tres posiciones peligrosas: la retirada, la trinchera y la rendición. 96
27. El diálogo de Jesús con sus contemporáneos tenía tres ingredientes fundamentales: alternativa, gracia y reconciliación. 96


28. En el núcleo de la teología cristiana descubrimos la paradoja: una poderosa estrategia para desarmar la polarización y el fanatismo. 102
29. El diálogo del cristianismo con la cultura debe moverse siempre, en tensión paradójica, entre la resistencia y la sumisión. 105
30. La Iglesia muestra su fidelidad a la Palabra de Dios cuando brilla como un agente de justicia, paz y reconciliación en la sociedad. 109
31. Luchar contra la injusticia sin las armas del Evangelio es una batalla perdida. 109
32. Cuando no sabemos qué hacer, llorar con los que lloran es una muy buena opción. 114
33. Debemos atesorar la noción de *pecado* como una categoría clave de la antropología cristiana. 116
34. El aspecto teológico del pecado personal no debe hacernos perder de vista la dimensión social y estructural del mal. 116
35. Ni lo nuevo ni lo viejo son, en sí mismos, el camino. 121
36. La Iglesia debe habitar en una paradójica tensión: la de ser un organismo organizado. 124
37. La experiencia personal con Dios no es autónoma; siempre debe remitir a la revelación y dejarse interpelar por ella. 127
38. Una teología falsa es la que promete aquello que Dios no ha querido revelar. 127
39. La Escritura puede ser una gran aliada o la peor pesadilla; por eso, necesitamos tomarnos el tiempo para aclarar lo que realmente creemos sobre la Biblia. 132
40. Poner la Biblia en manos del pueblo de Dios es una forma muy eficiente de reducir desigualdades, liberar conciencias y empoderar a los creyentes. 135
41. Aunque madurar en la fe significa profundizar en lo que creemos, nunca debemos menospreciar la sencillez y claridad del Evangelio. 135
42. Una mala comprensión del principio de la Sola Escritura deriva en un biblicismo literalista: un error peligroso que convierte a la Biblia en un fin en sí misma. 141

43. El propósito de las Escrituras es conducir a Cristo; esa es la llave que abre los sentidos del texto bíblico. 141
44. No podemos descubrir a Cristo al margen de donde Él ha querido revelarse. 141
45. El principio de la Sola Escritura reconoce la instancia última de autoridad de la Iglesia, no es una negación de la historia, la tradición ni la teología. 149
46. Sola Escritura no es un cheque en blanco hermenéutico. 152
47. El antídoto para el fundamentalismo es el fundamento. 155
48. La enseñanza elemental de las bases teológicas de la fe cristiana a todos los creyentes debe ser una prioridad de las iglesias. 155
49. A veces, la única forma de salir de las polémicas teológicas y alcanzar la unidad de los santos es hacer silencio ante el misterio de Dios. 161
50. “No conformarse a este mundo” es una invitación a vivir el Evangelio de manera profética, no a habitar en un gueto religioso. 165
51. El cristianismo no se siente completamente en casa en ningún paradigma, cultura, grupo o época. 165
52. “Solo Cristo” es una denuncia radical y profética contra toda forma de idolatría. 170
53. Todo conocimiento teológico debe madurar hasta convertirse en doxología. 173
54. Si no queremos que Jesús sea un significativo vacío, útil para manipular, debemos asentar nuestra cristología en el testimonio de los evangelios. 176
55. El peligro de toda identidad religiosa reside en su tendencia a percibir a “los otros” como el enemigo. 179
56. El ejemplo de Jesús nos conduce a servir al prójimo, sin distinción, ahí donde necesita. 179
57. Una experiencia mística real no le da la espalda a la realidad. 184
58. Los desiertos espirituales y las crisis de fe son procesos naturales y necesarios de la vida cristiana. 187

59. La piedad religiosa puede llevarnos por caminos oscuros; por eso, nuestra vida debe crecer a la luz de una confianza sencilla en Dios. 187
60. Espiritualizar las respuestas no es lo mismo que responder las preguntas; necesitamos abordar el dilema humano de manera integral. 192
61. El sacerdocio de todos los creyentes no es una excusa para el individualismo religioso: es una invitación a la solidaridad cristiana. 195
62. El cristianismo del siglo XXI debe colaborar en la tarea de sanar y proteger la naturaleza de los abusos, la contaminación y la avaricia. 198
63. El corolario natural de la gracia es una vida de gratitud a Dios que se derrama en servicio al prójimo, sin importar su condición. 201
64. Un estilo de vida sencillo y generoso es una forma muy potente de hablarle a una cultura consumista, individualista e idólatra del dinero. 201
65. Aunque la oferta suene tentadora, el pueblo de Dios debe evitar las alianzas con los poderes temporales si no quiere perder su identidad. 206
66. La Iglesia es débil cuando busca imponer sus valores con la ayuda del Estado o el dinero, pero fuerte cuando acepta su misión: ser testimonio del Reino de Dios. 206
67. El eje de la escatología cristiana es sencillo, pero potente: la victoria absoluta de Dios sobre las fuerzas del mal. 211
68. Una sana escatología debe evitar dos peligros siempre al acecho: la especulación conspirativa y el triunfalismo apocalíptico. 211
69. Lo que hace que la Iglesia se mantenga en pie es la fe en la gracia de Dios manifestada en Cristo Jesús, no una postura ética, política o ideológica. 216
70. Más que un reservorio de valores o un imperativo moral para denunciar pecados ajenos, nuestras familias deben brillar como una sociedad de contraste. 220
71. No podemos seguir haciendo la vista gorda ante el acoso y los abusos cometidos al interior de la comunidad cristiana. 224

72. La marginación de las mujeres no pertenece al corazón del cristianismo; es un lastre que debemos sacudirnos de una vez por todas. 227
73. Una Iglesia que margina a un sector del pueblo de Dios será una Iglesia débil y enferma: ha amputado una parte de la imagen de Dios. 227
74. Aunque la vergüenza, la inexperiencia o la incredulidad nos alejen de los milagros, eso también es una parte fundamental de nuestra fe. 234
75. Para aquellos que quieran sobrevivir a la modernidad líquida, caminar sobre las aguas es una obligación. 234
76. Aunque los simulacros del poder de Dios son un placebo que se siente muy bien, lo que en verdad necesitamos es el poder real. 240
77. Nuestra fe individual, eclesial y denominacional hace agua ante los desafíos actuales; por eso, necesitamos convocar a la tradición cristiana en nuestra ayuda. 244
78. Es en vano repetir la polémica de hace cinco siglos: ni los evangélicos de hoy son Lutero, ni los católicos actuales son el papado medieval. 247
79. Las renovaciones y reformas más poderosas surgen a menudo de las experiencias de humillación. 250
80. Cuando compartimos la solidaridad que existe al interior de las iglesias con “los de afuera”, nuestro testimonio habla por nosotros. 253
81. La comunidad cristiana debe ser un lugar de acogida para la fragilidad humana. 256
82. La gracia de Dios nos invita a asumir un rol activo en la defensa de la dignidad de las personas. 259
83. El cristianismo nos hace más humanos, no menos. 262
84. Antes de abrir la boca, debemos detenernos para escuchar con atención el corazón de la cultura. 265
85. La mejor estrategia para resistir a la secularización es trabajar por una cosmovisión cristiana integral que abarque la totalidad de la vida. 267

86. Necesitamos volver a insistir en la importancia de las vocaciones en el desarrollo de la misión cristiana.	270
87. La Iglesia no es un factor opcional en la experiencia de fe.	273
88. Para afrontar su misión en el siglo XXI, la Iglesia debe apostar a la formación académica de intelectuales y teólogos e incorporarlos a su <i>staff</i> .	276
89. La vanguardia teológica no puede nunca perder de vista al pueblo de Dios.	279
90. Para acompañar a la Iglesia en el camino hacia la reforma, se necesitan amor, paciencia y estrategias pedagógicas.	279
91. Tenemos que hacernos cargo de nuestras convicciones.	283
92. La reforma se desvanece si no logra pasar de la polémica contra lo viejo a la creación de algo nuevo.	283
93. Sin una entrega existencial y confiada en los brazos de Dios, el cristianismo no tiene sentido ni vale la pena.	288
94. El cristianismo será una religión de alegría y plenitud o no será.	291
95. La gracia de Dios se renueva con cada fracaso.	293
EPÍLOGO	297
APÉNDICE	299
BIBLIOGRAFÍA	303
NOTAS	313



PRÓLOGO

Muchos son los libros, ensayos, artículos y conferencias que se publican cada día acerca de la Reforma protestante del siglo XVI. Son tantos que frecuentemente quien se propone mantenerse al tanto de lo que se está diciendo e investigando se siente sobrecargado ante la imposibilidad de tal empresa. Tal situación se ha vuelto aún más abrumadora en los últimos años, pues en el 2017 se cumplió el quinto centenario de la fecha que comúnmente se señala como el principio de la Reforma, y tal centenario resultó en una verdadera explosión en los estudios acerca de la Reforma. Hasta estos días, aunque estemos ya a una distancia de varios años de aquel centenario, la explosión continúa, y al menos el historiador que escribe estas palabras debe confesar que a veces la avalancha embotaba sus sentidos y hasta su interés. ¡Y ahora, como si no tuviésemos ya suficiente, aparece otro libro en cuyo título resuenan una vez más las tan trilladas y consabidas *95 tesis!*

Pero este libro es diferente. Aquí no se nos presentará a Lutero como el héroe legendario que se atrevió a enfrentarse tanto al papado como al Imperio. Aquí no se nos dirá que, de algún modo providencial, Lutero logró llevar a la iglesia de regreso a su fe de antaño, como si los siglos entre él y el Nuevo Testamento no tuvieran importancia. Aquí no se nos dará una interpretación detallada y novedosa de algún aspecto del pensamiento de Lutero o de los demás reformadores. Aquí no se discutirá sobre cuántas y cuáles son las famosas “Solos” —*sola Scriptura, sola fide*, etc. Aquí no se nos presentará a Lutero ni a Calvino como modelos que hemos de imitar en todo. (Lo cual me recuerda una anécdota de un pastor reformado que, viendo que las representaciones de Calvino predicando lo pintaban con una boina, empezó él mismo a predicar con boina, hasta que se enteró de que la profunda

razón teológica para la boina de Calvino era... ¡que había palomas en la buhardilla!).

Acerca de todo eso hay ya mucho (y buena parte de ello exagerado, torcido o insípido). Pero tal no es el libro de Magnin. Y tampoco, como tanto se hizo en torno al quinto centenario, tomará Magnin a Lutero y a la Reforma como un trampolín desde el cual lanzarse a las aguas favoritas donde cada cual quiere nadar, dejando atrás al trampolín que proveyó el impulso (¡o la excusa!). Aquí no se tomará la *sola Scriptura* como un ariete para derribar las defensas de quienes interpretan las Escrituras de un modo diferente al nuestro. Aquí no se usará la *sola fide* para condenar a quienes insisten en que la justificación por la fe conlleva un proceso de santificación, que —como la justificación— es también don de la gracia de Dios.

Al repasar lo que he leído en este libro de Lucas Magnin, me quedan tres impresiones básicas. La primera de ellas es que Magnin nos presenta un Lutero y unos reformadores humanos, con pies de barro como todos los humanos. Lutero es, sí, el valiente que en Worms se enfrentó al más poderoso personaje en toda Europa. Pero Lutero es también quien trató al joven Melanchtón como un tirano, y quien cometió muchos otros errores. En una palabra, aquí se baja a Lutero del pedestal en el que los siglos lo han puesto y se lo trae a nuestro nivel, con los pies en la tierra y con los ojos unas veces en el cielo y otras en la cerveza.

Ese acto de bajar a Lutero de su pedestal es muy necesario. En nuestras querellas con el catolicismo romano, hemos exaltado a Lutero a tal punto que cuando nos topamos con las ambigüedades de su vida, de su pensamiento y de su conducta, o bien las negamos, o bien Lutero se nos cae del pedestal y en su caída se nos hace pedazos. Esa misma cuasi adoración de Lutero también sucede en otras latitudes. Hace unos años, me topé en un seminario luterano en los Estados Unidos con una estatua de Lutero en la que aparecía, en alemán, la siguiente inscripción: «La Palabra de Dios y la doctrina de Lutero permanecen por la eternidad». ¿Qué diría Lutero? Diría (y dijo): «Le pido al pueblo de Dios que no mencione mi nombre. Llámense “cristianos”, pero no “luteranos”. ¿Quién es Lutero? En fin de cuentas, [lo impor-

tante] no es mi enseñanza. [...] ¿Cómo puedo entonces permitir yo —un apestoso gusano— que se les dé a los hijos de Cristo mi miserable nombre?». Lutero lo dice; pero a muchos de sus hijos espirituales se nos hace difícil creerle. Magnin lo cree y este libro lo demuestra.

La segunda impresión importante es que este libro no hace lo que decíamos más arriba, aquello de tomar a Lutero como trampolín para entonces nadar en nuestras propias aguas, dejando atrás al Lutero que nos dio el punto de partida. El libro de Magnin es un diálogo —o, más bien, una conversación polifónica— entre los siglos, los personajes y las ideas. En ese diálogo, Lutero y Magnin —es decir, el siglo XVI y el XXI— son los corifeos; pero el coro que les responde y con el que conversan es mucho más variado e incluye una pléyade de autores y pensadores de los tiempos entre Lutero y Magnin.

Si antes me referí al hecho de tomar a Lutero como un trampolín, como quien salta de un trampolín a una alberca, ahora se me antoja hablar de otra clase de trampolín: la de los jóvenes con aspiraciones de gimnastas que brincan sobre una superficie en la cual rebotan y a la cual vuelven a caer. Unas veces caen de pie, otras sobre un hombro, otras sobre el trasero; pero siempre vuelven a rebotar a lo alto y se preparan para otro contacto con el trampolín. Es así que Magnin lee a Lutero. Aquí Lutero es punto de partida y punto de llegada; Lutero interpreta y es interpretado; Lutero reta y es retado; Lutero habla y escucha. Y Magnin parte de este siglo XXI para caer en el XVI, rebotar, toparse en el camino con Kierkegaard, volver al XVI, rebotar de nuevo, toparse con Nietzsche, volver al XXI y así en un constante y apasionado diálogo.

Por último, la tercera impresión con la que este libro me deja es que Magnin emplea la historia como es más útil, sabio y necesario. Repetidamente he dicho que la historia no se escribe principalmente desde el pasado, sino que se escribe desde el presente en que el historiador se encuentra, y desde el futuro que ese historiador anhela, espera o teme. Ese mismo Nietzsche que es parte del coro que acompaña las voces de Lutero y de Magnin dijo —aparte de muchas barbaridades— una gran verdad acerca

de la historia y su función: *Gewiss, wir brauchen Historie, aber wir brauchen sie anders*. [...] *Das heist, wir brauchen sie vom Leben und zur Tat* («Ciertamente, necesitamos historia; pero la necesitamos de otra manera: la necesitamos a partir de la vida y hacia la acción»).

Magnin no se interesa en Lutero por curiosidad anticuaria, ni por admiración idolátrica, ni como arsenal para los debates. Magnin se interesa en Lutero como hermano tanto por su humanidad como por la fe. Magnin se interesa en Lutero porque es un antepasado digno de reconocimiento pleno —de reconocimiento, como cualquier otra persona, con sus grandes logros y sus trapos sucios. El diálogo que con él entabla me parece ser lo que Nietzsche pedía de la buena historia —que sea *zum Leben* (a partir de la vida) y que sea *zur Tat* (hacia la acción). Y en esto me sumo a lo propuesto por Nietzsche: ¡esa es la historia que necesitamos!

JUSTO L. GONZÁLEZ
Decatur, GA, EE.UU.
Enero, 2022



INTRODUCCIÓN

Martín Lutero, ese extraño monje que vivió en Alemania hace 500 años, sigue presente en el imaginario de las iglesias evangélicas como una especie de bandera que se desempolva en ocasiones especiales. Puede ser a finales de octubre para conmemorar la Reforma, en el medio de una polémica anticatólica o en alguna mención pasajera sobre la importancia de las Escrituras, la fe o la gracia. La sombra de Lutero es difusa sobre las incontables ramas y grupos que componen el protestantismo. Aunque por lo general desconocemos buena parte de sus ideas y dilemas vitales, lo tenemos guardado por ahí, como una especie de amuleto.

Lutero condensa la imagen más popular de la Reforma. Defensores y detractores lo han ensalzado a lo largo de la historia como ángel o como demonio, como el único paladín de la fe en una época oscura y también como el más perverso de los herejes del cristianismo. Al igual que Moisés, Juana de Arco y Julio César, es un símbolo que trasciende su propia biografía y desaparece entre medio de su legado.

No solo estuvo en el momento justo y en el lugar indicado para dinamizar la reforma que la Iglesia de fines del Medioevo estaba pidiendo a gritos. Además, por su propio magnetismo vital, Lutero dio un enfoque muy personal a muchos de los debates teológicos más importantes de su tiempo y de la posteridad. Su forma de pensar las Sagradas Escrituras, la fe, la Cena del Señor o la autoridad en la Iglesia se extendió mucho más allá de las paredes de la Iglesia luterana.

Hans Küng afirma que la obra de Lutero produjo un completo cambio de paradigma en la historia de la Iglesia y la fe cristiana.

No se puede, según él, pensar el cristianismo fuera de la sombra que se extiende desde Lutero. Fue una nueva concepción global, una nueva gramática teológica, comparable solamente con la revolución que desató el giro copernicano. «Como los astrónomos después de Copérnico, Galileo y Kepler, así los teólogos después de Lutero se habitúan, como quien dice, a otra manera de ver»¹. Fue, en palabras del historiador Bernard Coster, una refundación del cristianismo.

El obispo anglicano John Robinson, quien tuvo su momento bajo el sol en los años sesenta, en medio de los debates sobre la teología secular y la teología de la muerte de Dios, escribió lo siguiente: «A la larga, quienes modifican más profundamente la historia no son los que aportan una nueva serie de respuestas, sino los que posibilitan una nueva serie de preguntas»². Lutero puso sobre la mesa un sinfín de ideas novedosas (y, al mismo tiempo, antiguas) sobre Dios, pero hizo algo más. Con su gesto de reforma, su cuestionamiento del *statu quo* de su época y su énfasis en la libertad de conciencia inauguró un nuevo momento histórico: la experiencia de la modernidad.

Es cierto que, al leer al propio Lutero, es fácil perderse entre debates que tienen muy poca relación con nuestra experiencia de Dios en el siglo XXI. Los ejemplos sobran: la situación de las órdenes mendicantes, las distinciones medievales sobre el sentido de la Cena del Señor, la polémica sobre la validez de las misas privadas, los sutiles comentarios sobre la injerencia que debían tener los príncipes, etc. En pocas palabras: estamos hablando de un mundo que ya no existe. Y, sin embargo, hay en Lutero una potencia que logra sobreponerse a los cinco siglos que nos separan de él para seguir dirigiéndonos la palabra.

Muchos tenemos la sensación de que estamos a las puertas de una nueva reforma de la Iglesia. Mi generación anhela una transformación estructural de la experiencia cristiana que pueda conectar mejor con el ejemplo de Jesús y, al mismo tiempo, logre responder con mayor claridad a las preguntas y los dilemas de nuestros contemporáneos (que son también los nuestros). Pero eso que se espera es también algo que se desconoce e incluso se

teme. El camino a la reforma es misterioso y todo faro que ilumine la búsqueda es un buen comienzo. Por eso, para muchos de nosotros —que seguimos creyendo que la vida cristiana no es una causa perdida, que no queremos resignarnos a la entropía del cristianismo ni volvernos cínicos al respecto de la Iglesia y el seguimiento de Jesús— la figura de Martín Lutero es un consuelo y un estímulo.

Estas *95 tesis para la nueva generación* son algunas reflexiones que nacieron de forma bastante espontánea, mientras estudiaba al reformador. Están escritas de tal manera que cada lector pueda elegir cómo leerlas. Quizás respetando el orden que yo propongo, o quizás saltando por temas o intereses, como una *Rayuela* desordenada. Quizás meditando de a poco y a conciencia en cada una de mis propuestas, tal vez devorando estas páginas en un pantagruélico atracón literario.

Para sacar mayor provecho de las conexiones e implicaciones de estas ideas, en algunas ocasiones desarrollé dos tesis en un mismo ensayo. Además, para no naufragar entre fechas y datos, agregué al final una tabla cronológica con la biografía y algunas de las obras principales de Lutero.

Hay una escena de *Los reyes*, el poema dramático inspirado en el mito del minotauro, en el que Julio Cortázar pone en boca de Ariana las siguientes palabras: «Eres como una lámina de bronce, me oigo mejor si te hablo»³. Lutero será a continuación, para mí también, como una lámina de bronce: un personaje que me ayudará a desentrañar muchos temas que me cargan la mente y el corazón. Eso significa que no emprenderemos un estudio detallado y sistemático sobre la teología o la vida de Lutero (aunque también habrá un poco de esto).

El método de estas tesis será un poco diferente. En algunos ensayos, dedicaré bastante tiempo a explicar sus ideas o un evento importante de su biografía con la intención de extraer una aplicación actual o un desafío vigente. En otros, por el contrario, me enfocaré por completo en un dilema de nuestro tiempo y convocaré al reformador para aportar únicamente un detalle, una cita ocasional o una anécdota menor.

La intención de este ejercicio hermenéutico es acercarse a Lutero, traerlo de este lado de la historia y ponerlo a dialogar con los conflictos actuales de nuestra fe. Vamos a extraer, de esa prolífica cantera que llamamos Martín Lutero, un tesoro invaluable para meditar en las complejidades y urgencias que tiene el cristianismo hoy. Intentaremos discernir la sabiduría que existe en su pensamiento y su biografía, en la valentía de sus preguntas y el laberinto de sus respuestas, en sus brillantes aciertos y también en sus vergonzosos errores. Y en medio de todo eso, aunque sea tímidamente, intentaremos oír el oportuno consejo de Dios.

Chesterton dijo que «las ideas pierden en altura lo que ganan en anchura»⁴. Este es un libro más ancho que alto. Hablar con propiedad de fenómenos tan complejos y variados como los que aquí abordaré es, desde el vamos, una misión casi imposible. Los lectores de estas páginas pertenecerán a contextos muy diversos; por ese motivo, es probable que las noventa y cinco tesis resuenen en cada persona de maneras diferentes. A fin de cuentas, la experiencia de fe de una iglesia neopentecostal de la ciudad de Guatemala, de una comunidad reformada del interior de España o de un grupo de universitarios un poco incrédulos de Buenos Aires es dramáticamente diferente. Es el riesgo de lanzar una botella al océano o publicar un libro como este: nunca se sabe quién lo va a encontrar.

Hablar de Lutero no tiene que ver con una excepcionalidad teológica de la Reforma, como si el Espíritu Santo hubiera levantado vuelo tras la muerte del último apóstol y hubiera vuelto a la tierra en el siglo XVI. Tampoco tiene que ver con una especie de orgullo protestante ni con creer que la tradición reformada es infalible. Conocer solo un poquito de los vericuetos de la historia frustra cualquier pretensión de superioridad. Creo, sin embargo, que el sendero abierto por la Reforma sigue siendo válido hoy porque hay allí muchas señales que apuntan al seguimiento de Cristo. Lo importante aquí no es Lutero. Más bien, nos sirve hablar de estas cosas en tanto y en cuanto nos guíen a la gracia que hemos recibido. Parafraseando a Pablo, en el ejemplo de la Reforma descubrimos un poco cómo es eso de imitar a Cristo.

No creo que Lutero nos sirva como un amuleto protestante o un trofeo para poner sobre una repisa de respeto y honor; creo que lo necesitamos, más bien, como un espejo que nos ayude a mirarnos mejor a nosotros mismos y a ver también el rostro del Maestro.

TESIS 1

ENTENDER NUESTRO LUGAR EN LA HISTORIA ES PARTE DE MADURAR EN LA VIDA CRISTIANA (Y, DE PASO, NOS EVITA ALGUNOS ERRORES PREOCUPANTES).

Me parece que esta primera tesis tiene que empezar por afirmar algo muy básico: entre nosotros y la Reforma protestante hay una distancia inmensa. Y vamos a viajar un poco más atrás para decir también: entre nuestra experiencia de la fe cristiana y la Iglesia primitiva hay también una distancia inmensa. Son dos afirmaciones que probablemente sonarán demasiado obvias para algunos; pero para otros —como fue mi caso en algún momento— serán un buen punto de partida para empezar a navegar por este libro.

Situados como estamos en nuestro propio entorno —histórico, cultural, geográfico y, por supuesto, religioso—, es fácil olvidar que nuestra posición en el universo es justamente eso: una posición. Los peces también dan por evidente que toda la realidad es agua. «Como el aire que respiramos, esa forma es tan traslúcida, tan penetrante y tan evidentemente necesaria, que solo con un esfuerzo extremo logramos hacernos conscientes de ella»⁵.

Es probable que muchas de las personas que lean estas páginas se identifiquen, sin más, como “cristiano evangélico” o “cristiano protestante”. Después de ese rótulo, quizás sigan otros adjetivos, como “carismático”, “bautista”, “reformado”, “relevante”, “pentecostal” o “independiente”. Todas esas aclaraciones representan, en palabras de José Míguez Bonino, los diferentes rostros del protestantismo. A pesar de las diferencias que podamos encontrar, todos esos rostros «tienen “un aire de familia” innegable»⁶ que los conecta con un origen común.

Esa tradición teológica e histórica compartida incluye: el estallido del pentecostalismo, las misiones norteamericanas e inglesas de los

siglos XIX y XX, los avivamientos o *Grandes Despertares*^{*}, el pietismo de los siglos XVII y XVIII, las iglesias congregacionalistas y libres, el puritanismo que buscaba (¡ya en el siglo XVI!) renovar la Iglesia anglicana y finalmente la Reforma protestante que Lutero impulsó y Calvino sistematizó.

Anatole France escribió en una ocasión que es bastante inusual que un maestro pertenezca, en la misma medida que sus discípulos, a la escuela que él mismo ha fundado. Cuando intentamos tender puentes que atraviesen esos quinientos años entre Lutero y nosotros —¡para no hablar de los dos mil años que van hasta Jesús!—, es fácil que muchos sientan una continuidad directa o una prolongación natural que va desde su propia experiencia de fe hasta la teología que los reformadores hicieron en el 1500 o que la Iglesia primitiva proclamó en el siglo I. No es sorprendente, por ejemplo, escuchar que muchas iglesias mencionen las Cinco Solas como estandartes inconfundibles de su fe, heredadas directamente de la Reforma. A su vez, consideran que esos principios fueron una aplicación sin escalas de la enseñanza del Nuevo Testamento.

No obstante, no hay que esperar mucho para descubrir que la comprensión que tienen de la Sola Escritura o la Sola fe muchos de estos creyentes honestamente convencidos de esa continuidad, difícilmente represente el sentido que esas ideas tenían para los reformadores. Generalmente se usan las mismas palabras —Biblia, Iglesia, salvación, autoridad—, pero el puente que conecta los sentidos se ha cortado. Puedo imaginarme una escena de lo más divertida, en la que reformadores como Lutero, Zwinglio o Calvino repiten las palabras de Hechos 15:24, pero ahora hablando de nosotros: «Tenemos entendido que unos hombres de aquí los han perturbado e inquietado con su enseñanza, ¡pero nosotros no los enviamos!»^{**}.

* El primero fue el de Whitefield, Wesley y Edwards (1730-1740). El segundo fue el de Finney y el Movimiento de santidad (desde 1820). El tercero (de la segunda mitad del siglo XIX) fue el de Moody y Parham; este último fue maestro de William Seymour, el pastor detrás del avivamiento de la Calle Azusa, evento que marca el nacimiento histórico del pentecostalismo. A esta historización clásica, se le agrega a veces un cuarto Gran despertar, durante la segunda mitad del siglo XX, catalizado por Billy Graham y el *Jesus Movement*.

** A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas están tomadas de la Nueva Traducción Viviente (NTV). También son citadas la Reina Valera 1960 (RV1960), la Reina Valera Contemporánea (RVC), la Dios Habla Hoy (DHH), la Palabra de Dios para Todos (PDT) y la Nueva Versión Internacional (NVI).

Cuando trazamos un árbol genealógico de nuestra propia fe y podemos asumir el camino que hizo el Evangelio para llegar hasta nosotros, muchas vendas se caen. Podemos notar la distancia —teológica, existencial, geográfica, cultural, histórica, lingüística— que hay entre nuestra experiencia de fe y el mensaje de los reformadores. Podemos reconocer las diferencias entre nuestras prácticas eclesiales y el testimonio apostólico del primer siglo. Somos seres históricos y una de las peores cosas que podemos hacer, en nuestro intento de vivir la fe cristiana en plenitud, es transitar nuestra vida como si la historia no existiera.

El recorrido de las próximas páginas nos hará tomar conciencia de la distancia que existe entre nosotros y la Reforma —y, por extensión, la Iglesia primitiva y Jesús—. Ese aprendizaje es doloroso, no lo voy a negar. Entender nuestro lugar en la historia complica las cosas. Sería mucho más satisfactoria la sensación de haber sido enviados en un viaje en el tiempo, a bordo del DeLorean, hasta nuestros días.

Si toda nuestra fe viniera certificada con un sello de calidad inviolable, firmado por Lutero o el apóstol Pablo, o si pudiéramos trasladarnos olímpicamente hasta la Reforma del siglo XVI —o, mucho mejor, hasta el mismo Aposento alto en Jerusalén—, podríamos evitar muchos complejos procesos de reflexión teológica. Ciertamente, ser hijos de un repollo o una cigüeña nos ahorraría mucho trabajo.

Pero el Señor —que nos dio el ejemplo al encarnarse en la historia— ha decidido en su eterna sabiduría bendecirnos de esta manera. Nos ha invitado —sin atajos, sin DeLorean y sin cigüeña, a la luz del testimonio de su obrar en la historia y del consuelo de su Espíritu— a vivir aquí y ahora, abrazados a la promesa de que estará con nosotros hasta el fin del mundo.

LOS TIEMPOS DE GRAN INCERTIDUMBRE PUEDEN SER LA EXCUSA PARA ENTREGARSE AL MIEDO O LA MOTIVACIÓN PARA CONQUISTAR MEJORES CERTEZAS.

El humanista italiano Lorenzo Valla desenmascaró en 1440 uno de los fraudes más famosos de la historia. El documento conocido como Donación de Constantino afirmaba que, al mudar la capital imperial a Constantinopla en el año 330, el emperador Constantino había dejado a cargo del papa no solo la ciudad de Roma, sino también el resto del Imperio romano de Occidente. Ese era el fundamento de las atribuciones territoriales que el papado tenía sobre Italia y buena parte de Europa. El Derecho Canónico puntualizaba lo siguiente:

El emperador Constantino donó al obispo de Roma la corona imperial y toda la magnificencia imperial en Roma y en Italia y en todas las tierras que, en Occidente, pertenecen al emperador. [...] Deben tener los obispos sucesores del Príncipe de los Apóstoles, mayor autoridad y poder en la tierra que la que posee nuestra majestad imperial.⁷

La autoridad del papa —no solo espiritual, sino también política— sobre el emperador quedaba así legalmente establecida. Al analizar las palabras y giros lingüísticos de la Donación de Constantino, Valla concluyó que el documento no podía haber sido escrito en el siglo IV. La hipótesis más creíble situaba su redacción en el siglo VIII, como parte de una disputa contra los herederos de Carlomagno por unos territorios italianos.

La obra de Valla no tuvo grandes consecuencias en el momento de su publicación. No fue más que un rumor que circulaba en ambientes académicos. De hecho, durante un siglo más, la Donación siguió siendo considerada como verdadera por los juristas.

Sartre escribió que, cuando cae la noche y la seguridad se vuelve penumbra, hay que tener muy buena vista para poder distinguir al

buen Dios del diablo. En la bruma posmoderna en la que andamos, cuesta muchísimo gritar «¡Tierra a la vista!». Somos náufragos de identidad en unos tiempos líquidos. Las generaciones que nos precedieron podían hablar de “normal”, “verdad”, “perversión”, “familia”, “éxito”, “mujer” o “bueno” a partir de implícitos acuerdos de la tradición occidental. Hoy la incertidumbre es nuestro acuerdo. Nos cuesta dejar de sospechar de todo.

La hipótesis de que existe cierta objetividad en el lenguaje ha perdido el consenso del que gozó en el pasado. Lo mejor que nos va quedando son las opiniones, los recorridos vitales, la reivindicación que pueden ofrecer las subjetividades al dar su testimonio. Cada cuerpo se aferra a la madera que puede, la que le da algún tipo de equilibrio mental. Desde ese púlpito inquieto, proclama su verdad con la esperanza de que esa voz ayude a reconstruir algún tipo de tejido social.

Y si ya la mera existencia en esta era turbulenta es un cóctel de ansiedades, problemas de identidad y angustia, ¡cuánto más el hecho de ser una Iglesia en misión! Nos sentimos acomplexados y siempre bajo el escrutinio. Nos debatimos entre dos formas de culpa: primero, la de rozar en ocasiones el fanatismo religioso; y segundo, la conciencia de lo mediocre que es nuestro testimonio cristiano.

Aunque la sensación es a menudo bastante asfixiante, hay un dato que puede darnos esperanza: la Reforma protestante brotó justamente en medio de una asfixia similar. A comienzos de 1520, entre dudas cada vez más significativas sobre la legitimidad del papado, llegó a manos de Lutero una copia de la obra de Lorenzo Valla. Fue la gota que rebalsó el vaso: la Donación de Constantino no era un título de propiedad legítimo. Eso significaba que durante siglos la iglesia de Roma había lucrado y hecho guerras sobre la base de un fraude.

Si hasta ese momento Lutero intentaba conciliar sus descubrimientos bíblicos con la institución del papado, después de esa lectura su tono cambió drásticamente. Ese mismo año publicó *A la nobleza cristiana de la nación alemana* y *La cautividad babilónica de la Iglesia*: dos tratados en los que hablaba abiertamente, por primera vez, del papa como el Anticristo.

Habían pasado ochenta largos años de incertidumbre y creciente descontento desde la acusación de Lorenzo Valla. Finalmente, las cosas cayeron por su propio peso.

Compartimos con Lutero el hecho de habitar en un ambiente intelectual de cambios profundos. A nivel político, económico, cultural y artístico, la desconfianza generalizada en las explicaciones antiguas nos arroja a un futuro incierto. Nos dijeron que el mundo tenía una forma, unos colores y una coherencia, pero al final la cosa no era tan así. Como sucedió con la Donación de Constantino, estamos tomando conciencia de muchos fraudes que algunos usaron para perpetrar sistemas opresivos e instituciones corruptas.

El vértigo que sentimos es como el de esos pajaritos a los que empujan de golpe del nido caliente. Pero es justamente en tiempos como estos, en palabras de Dave Grohl, cuando aprendemos a vivir de nuevo. Podemos llorar sobre la leche derramada y lamentarnos *hablando del mundo que se nos escapa*. O podemos aprovechar el vértigo y la urgencia para obligarnos a levantar vuelo de una vez por todas.

Tenemos que aprender a surfear la ola de la incertidumbre y el relativismo para poder encontrar, entre los escombros, verdades menos adulteradas y mejores certezas que las de nuestros predecesores. Henri Nouwen decía que ese duro camino es justamente el que nos permitirá ser «flexibles sin caer en el relativismo, firmes en nuestros planteamientos sin ser rígidos, espontáneos en el diálogo sin llegar a ser ofensivos, corteses y generosos a la hora del perdón sin ser excesivamente blandos, y verdaderos testigos sin convertirnos en manipuladores»⁸.

Ante las preguntas más desconcertantes que emanan de las demandas políticas, ambientales, económicas, de género, bioéticas o cibernéticas, la promesa de Jesús sigue siendo pertinente: «No se preocupen de antemano por lo que van a decir. Solo hablen lo que Dios les diga en ese momento, porque no serán ustedes los que hablen, sino el Espíritu Santo» (Mc. 13:11).

No creo que esta asfixia que sentimos represente la muerte del cristianismo. Quizás la verdad sea todo lo contrario: que estamos en la hora undécima, justo antes de un cambio inmenso, a las puertas de una nueva reforma que llegará para trastocar los tristes fraudes que algunos han hecho en el nombre de Jesús.